

GERALDO SEMPAVOR

UN GUERRERO DE FRONTERA
(y hechos de Badajoz en el Siglo XII)



Relieve en el coro de la catedral de Evora.
Siglo XIV. Representa a Geraldo Sempavor

Geraldo Geráldez, apodado *Sempavor*, sin miedo, es uno de los más conocidos personajes que produjo la cambiante frontera durante el siglo XII, en esta ocasión en la parte portuguesa y leonesa. Es un personaje de orígenes oscuros. No pertenecía a la alta nobleza. Probablemente solo fuera un caballero que fue hecho prisionero en alguna aceifa musulmana y que pasó tiempo como soldado esclavo en alguna corte o ciudad, hasta que escapó o decidió marcharse. De ahí su conocimiento de la idiosincrasia y, probablemente, el idioma de sus oponentes. Es probable que participara en la toma temporal de Beja, en 1162, por lo que quizá estableciera relaciones con miembros de las milicias concejiles de las ciudades fronterizas, sobre todo Santarém.

Probablemente, Geraldo no tuviera, por excesiva, la idea inicial de hacerse con un señorío en la zona que es actualmente Extremadura. El tratado de Sahagún entre Castilla y León especificaba que este territorio estaba reservado para la expansión leonesa, aunque los firmantes minusvaloraran la potencia del nuevo poder almohade. No se había contado con el reino de Portugal, por lo que Alfonso Henriques, su primer rey, vería bien las incursiones particulares de sus guerreros en territorios musulmanes autoasignados a León. El rey portugués siempre andaba escaso de fuerzas de su poco poblado reino, por lo que la ayuda de unos aventureros que no le costaban nada sería bienvenida, mientras que éstos contarían con cierta protección real.

Durante esta fase de su carrera guerrera, Geraldo disponía de poca gente. No tenía mesnada propia ni relaciones que le permitieran disponer de un número elevado de guerreros. Su objetivo final, una vez que desarrolló la idea del señorío, era la ciudad de Badajoz, cabeza de todos los territorios situados al sur del Tajo dentro de la actual Extremadura. Geraldo no disponía de medios para intentar un ataque directo, cosa muy difícil incluso para un rey, debido a las dificultades para obtener y mantener una nutrida hueste durante el tiempo necesario para el desarrollo de las operaciones.

Era rara la toma de una ciudad fortificada por asalto, como ocurrió con Jerusalén durante la primera Cruzada, pues requería muchos combatien-

tes y equipo de asedio para formalizar el cerco, disponer de fuerza suficiente para dominar las fortalezas adyacentes y estar dispuesto a sufrir muchas bajas, además de la posibilidad de tener que levantar el asedio por la causa que fuera.

Mucho más frecuente era emplear una táctica de aproximación indirecta para tomar cualquier plaza importante, sobre todo en la Alta Edad Media. Dicha táctica consistía en la realización de sucesivas campañas que iban dominando las fortalezas del territorio sobre el que la ciudad en cuestión ejercía su influencia política y económica, causando hambre e inseguridad, hasta que, aislada, se procedía al cerco y ataque, devastando el terreno a su alrededor, provocando, en caso de un resultado positivo, la rendición de la ciudad. Como ejemplos tenemos la toma de Valencia por El Cid, o la de Sevilla en 1248.

También podía ser tomada una plaza por un ataque por sorpresa, como ocurrió con Córdoba, en 1236, o por traición, como Antioquía durante la primera Cruzada, o ambas, pero se necesitaba un refuerzo inmediato con fuerzas superiores, generalmente solo a disposición de reyes y grandes potentados.

Para los pasos previos al dominio del extenso territorio y su núcleo central, Geraldo no disponía ni siquiera de fuerzas para tomar por asalto una fortaleza pequeña, un castillo, que protegiera a la ciudad y ejerciera su influencia en una zona de terreno. Solo le seguía una pequeña cantidad de partidarios, quizá, al principio, unas decenas de guerreros y no podía permitirse iniciar una cabalgada para que el castillo en cuestión tuviera tiempo de recoger bienes y habitantes en su interior. Por lo tanto, para dominar esas fortalezas periféricas, lo más práctico era valerse de la sorpresa. Geraldo, si hemos de hacer caso a *Andrés de Resende* había hecho uso de esta táctica durante su primer hecho de armas conocido, la toma de Évora, donde, personalmente, subió a una torre de vigilancia dando muerte a los encargados, un hombre y una mujer.

De esta forma, Geraldo encontró la palanca para hacer saltar las defensas periféricas de lo que pensaba sería su futuro señorío. Para tomar su

Localización de las acciones de Geraldo Sempavor



objetivo final utilizaría una táctica de aproximación indirecta, como se ha dicho, la más frecuente en la época, pero, hasta que dispusiera de medios suficientes, intentaría tomar las fortalezas mediante golpes de mano, que requerían menos personal y material, aunque eran difíciles de ejecutar, más exigentes para sus propios guerreros y con unas necesidades específicas que enseguida se verán.

Los asaltos de Geraldo a fortalezas musulmanas fueron numerosos y poco espaciados en el tiempo. Una cita de *Ibn Sahib* en *al Mum* expone su método de ataque:

“Caminaba sin ruido en noches lluviosas y muy oscuras, de fuerte viento y nieve, hacia las ciudades. Había preparado instrumentos de escalas de madera muy largas, que sobrepasaban el muro de la ciudad”.

Esperaba que la vigilancia fuera escasa y preparaba medios.

“Cogía al centinela y le decía: habla como es tu costumbre, para que la gente no le sintiese”

Es decir, le amenazaba para que repitiese la voz de alerta, que, sin duda, dado su más que probable conocimiento de la lengua, el conocía ya, lo que impedía que el centinela diese la alarma so pena de morir.

“Cuando se había completado la subida de su miserable grupo a lo más alto del muro de la ciudad, gritaban en su lengua con un alarido execrable y entraban en la ciudad”

Hay que hacer notar que no es posible que, en acciones que, precisamente, se basaban en la sorpresa, se siguiese siempre el mismo planeamiento. *Ibn Sahib* se debe referir a un ataque en concreto, del que él tuvo noticia fidedigna, al cual unió, generalizando, las otras tomas sorpresivas de fortalezas. Es posible que se refiera a la toma de Cáceres, en diciembre de 1165, la única que se puede fechar en invierno con garantías, lo que explicaría la nieve y las noches oscuras, aunque bien pudo ser otro castillo cuya toma no se pueda fechar con exactitud.

De una manera u otra, Geraldo utilizó la sorpresa para adueñarse del entorno de su posible señorío. No podía ser de otra forma debido a la escasez numérica y a la aceleración temporal de sus acciones: entre la primavera de 1165 y el verano de 1166 tomó Trujillo, Évora, Cáceres, Serpa, Juromenha y Montánchez. Otros castillos, como Santa Cruz, Monfragüe, Morón, Moura, Monsaraz y Alconchel fueron conquistados entre 1166 y 1168. Estableciendo bases próximas, Geraldo podría acabar dominando la principal ciudad, que asentaría su señorío y proporcionaría, a través de él, al rey portugués el control del valle del Guadiana.

No obstante, se puede observar que en su cobertura hacia el lado norte, la continuidad territorial se veía cortada por la posesión leonesa de Alcántara, con su puente, anexionada al reino de León en 1166. Este hecho dejaba abierta una evidente vía de penetración leonesa hacia su futuro señorío y tendría graves consecuencias en la posteridad.



Actual castillo de Montánchez, de estructura posterior a los hechos.

Para tomar mediante golpe de mano esta serie de ciudades y fortalezas, Geraldo debió aplicar los principios básicos para este tipo de acciones:

Información: era fundamental disponer de todos los datos posibles del lugar que se pretendía ocupar. Había que conocer el número de defensores, habitualmente unas decenas como mucho si no se refugiaba la población en la fortaleza, centinelas de guardia, muy pocos, lógicamente, puntos de alarma exteriores, es decir, torres de alerta que pudieran avisar de su presencia, sistemas de alarma inmediatos, voces habituales de los centinelas, altura de las murallas por el punto donde se considerara más factible la escalada y puntos críticos de la fortaleza: residencia del alcaide, alojamiento de los guerreros, caballerizas. Todo esto necesitaba ser visualizado por los componentes de la partida y, probablemente, estarían un corto tiempo en las proximidades verificando que la información era correcta. Si no se hubiera dispuesto de estos datos, se podía haber conquistado algún castillo mediante la audacia y la buena suerte, pero, sin duda, se hubieran producido fracasos. No es probable que el propio Geraldo fuera el que obtuviera la información, a pesar de que conocía el idioma y de lo que nos deja ver la crónica. Seguramente la

recopilaría de agentes de confianza que le proporcionarían verbalmente unos datos establecidos.

Secreto: sobre todo, no se debía advertir la aproximación ni las intenciones. Para ello era necesario conocer y determinar muy bien las rutas para acercarse al objetivo previsto y establecerse en un punto de reunión oculto desde el cual iniciar la acción, ya que sería imprescindible observar la fortaleza durante un corto tiempo para comprobar que la información recibida era fidedigna y actualizada. Es posible que, aunque no se tienen datos, tras el primer grupo, a unas jornadas de distancia, actuara como refuerzo otro grupo más numeroso, aunque menos escogido, que, una vez tomada la fortaleza, la guarneciera con carácter más permanente y se hiciera cargo del territorio de influencia de la misma.

Minuciosa preparación, dentro de las circunstancias y la época: el abastecimiento de comida y bebida para hombres y animales se vería favorecido por el pequeño número de la partida y un equipo que debía ser ligero necesariamente, ya que su acción no se basaba en la contundencia. La sorpresa excluía el saqueo por lo que debía estar muy bien calculada la cantidad necesaria de víveres. Un exceso de comida supondría un mayor número de acémilas, lo que afectaría a la necesaria discreción. El equipo individual sería escaso con predominio de componentes ofensivos.

Flexibilidad táctica. Cada objetivo tendría unas características propias, dependiendo de su fortaleza intrínseca y su guarnición. Es posible que todos ellos tuvieran la característica común de disponer de guarniciones escasas y poco aguerridas, aunque éstas solían ser fijas y algunos de sus miembros hubiesen participado en correrías.

Por fin, tras esta exitosa tarea ocupando zonas de influencia dependientes de la ciudad principal, tocaba hacerse con la propia ciudad, en este caso, Badajoz.

Se hace un inciso para advertir la convergencia entre las trayectorias del Cid, y Geraldo. Los dos trataron de conquistar un señorío, para lo



Perímetro, estimado, de las murallas prealmohades de Badajoz. Es posible que, además, existieran otras cercas.

cual impusieron su dominio sobre los puntos clave del mismo, para acabar atacando la ciudad principal, exitosamente en caso del castellano. Aquí es evidente que Geraldo partía con desventaja sobre Rodrigo, y es que éste era miembro destacado de la nobleza y podía movilizar, por posición social, carrera y lazos, una mesnada mucho mayor que la del portugués. Con los medios disponibles y su experiencia, el Cid fue mucho más convencional en su planeamiento estratégico y, tácticamente, parece que tuvo predilección por batallas campales, que Geraldo rehuyó siempre que pudo. Badajoz era una plaza fuerte dotada de un amplio circuito amurallado y contaba con una alcazaba de origen marwaní. Todavía no existían las fortificaciones de origen almohade, aunque se habrían iniciado las obras para la ampliación, de la que resta el perímetro de la actual alcazaba. Se desconoce el trazado de la muralla perimetral antigua, si es que existía solo una, pero es presumible que alcanzara una longitud exterior bastante superior a los 2.000 m. Esta extensión necesitaba una gran guarnición. Por poner un ejemplo, cuando Tarifa fue conquistada por Sancho IV en 1292, dentro se encontraban más de 3.000 defensores, población civil aparte. El perímetro amurallado de Tarifa era de unos 1.500 m. Es muy posible que los

defensores de Badajoz no alcanzaran el número suficiente para guardar bien todo el muro, por lo que Geraldo pudo efectuar uno de sus ataques por sorpresa, pero los defensores se refugiaron en la alcazaba, mucho más pequeña y que sí podían guarnecer con eficacia. Aquí falló la táctica de Geraldo y también su estrategia, pues se vio obligado a solicitar ayuda al rey de Portugal. La intervención del portugués tuvo el efecto de desencadenar la intervención del rey leonés Fernando II, prevista desde hacía tiempo. Se ha comentado ya que, tras el tratado de Sahagún, el reino de León consideraba a la actual zona extremeña como su futura zona de expansión a largo plazo. Si se asentaba el reino de Portugal allí, adquiriría derechos de conquista y un reino cristiano cortaría el futuro avance leonés hacia el sur, así que Fernando actuó a favor del gobierno almohade, con el que había firmado un pacto de ayuda en 1168, atacando a Geraldo y al rey de Portugal que había acudido para terminar la conquista. La acción terminó en desastre para los portugueses, resultando herido Alfonso Henriques y capturado Geraldo.

El aventurero se vio obligado a entregar a Fernando Rodríguez de Castro, importante noble leonés, los castillos de Montánchez, Santa Cruz, Trujillo y Monfragüe, anexados a Castilla en 1185 y recuperados por los almohades tras la batalla de Alarcos, en 1196.

Geraldo perseveró en su intento, pero cambió totalmente de táctica. La sorpresa y el golpe de mano dejan de ser efectivos cuando se esperan o cuando el objetivo es inmune a ellos por tamaño o preparación, así que recurrió a las convencionales correrías y a la devastación para debilitar la ciudad. Conservaba los castillos de Juromenha y Lobón, al oeste y este de Badajoz respectivamente y próximos. Desde ellos inició correría destinadas a producir hambre y miedo en ciudad, donde el gobernador Abu Yahya, intensificó las obras y medidas defensivas. Mientras tanto, desde Sevilla se intentó reforzar Badajoz con guerreros y, sobre todo, vituallas, pero un enorme convoy fue emboscado y destruido por Geraldo en Valle de Matamoros. Tras este éxito y considerando que la capital estaba ya suficientemente debilitada, lo volvió a intentar, aunque de una manera convencional y con el apoyo del infante don Sancho de Portugal. Una



Restos medievales del castillo de Juromenha.

nueva intervención de leoneses y almohades, convergiendo desde norte y sur, desbarató a los portugueses de nuevo. Los almohades tomaron Juromenha, pero Geraldo consiguió escapar. Aun así, el aventurero no cejó en su empeño y desde Lobón y una fortaleza desconocida continuó sus acciones de devastación, que provocaron que la ciudad tuviera que seguir siendo abastecida mediante convoyes. Estos ya iban tan protegidos que resultaban invulnerables a los ataques de Geraldo. En 1171, la escolta de un convoy, tras su entrega en Badajoz, atacó y tomó Lobón, dando muerte a todos los defensores. Esto acabó prácticamente con las aspiraciones del aventurero. A partir de ese momento, el rey portugués le dejó de prestar apoyo, confiando más en las Órdenes Militares, sobre todo Templarios.

Aún pudo Geraldo emplear su táctica favorita volviendo a tomar Beja, con apoyo del rey, gracias a la tacañería del gobernador, que no pagó a los centinelas. Beja fue entregada al rey portugués, que la destruyó por indefendible.



Antigua situación del castillo de Lobón (desaparecido) y detalle del mapa.

El resto, es historia oscura. Geraldo pasó a servicio del sultán, en territorio norteafricano, hasta que fue ejecutado por conspirar con el rey de Portugal contra sus nuevos amos.

Hay que destacar de todo esto la capacidad de Geraldo en un determinado tipo de acción, una cierta flexibilidad, cambiando la forma de actuación, y la insistencia casi suicida en conseguir unos objetivos, al final, claramente, fuera de su alcance.

| FUNDACIÓN **CB**